

Creación, identidad y bisexualidad¹

Lola López Mondéjar



*¡Soy nadie! ¿Tú quién eres?
¿Eres -nadie- también?
¿Ya somos dos, entonces?
¡No lo digas! Podrían descubrirnos -ya sabes.*

*¡Qué fastidio -ser- alguien!
¡Qué impudicia -lo mismo que una rana-
Decir tu nombre - todo el santo junio-
A un pantano pasmado!*

*Emily Dickinson,
Yo no soy nadie, ¿quién eres tú?*

*¿Quién soy?
¿De dónde vengo?
Soy Antonin Artaud/ y si lo digo/ como sé decirlo/ inme-
diatamente/ veréis mi cuerpo actual/ saltar en peda-
zos/ y reunirse/ bajo mil aspectos notorios/ un cuerpo
nuevo/ con el que no podréis/ olvidarme/ nunca jamás.*

Antonin Artaud.

BISEXUALIDAD

Nos situamos en este trabajo en una perspectiva constructivista, por lo tanto no esencialista, de la sexualidad y de la identidad, entendidas ambas como fruto del interjuego entre fuerzas sociales, prescripciones y prohibiciones, discursos médicos, religiosos y jurídicos que, filtrados por el inconsciente de los progenitores, llegan al niño y a la niña, y a partir de los cuales se construirá una representación de sí mismo en relación con los otros. El cuerpo del psicoanálisis es una construcción imaginaria y simbólica.

La sexualidad humana no puede entenderse en términos puramente biológicos, si bien cuerpo, cerebro, genitales y lenguaje son necesarios para la experiencia sexual, ninguno determina sus contenidos ni sus formas². Incluso el sexo anatómico, en su cruda realidad, de ahí que sigamos a Laqueur, es producto de un discurso. Opinión que se encuentra en el eje de las teorías queer que se han ocupado de la relación entre identidad y sexualidad. Dice Javier Sáez³:

...el análisis queer va a cuestionar la aparente naturalidad del sexo y, lo que es más importante, va a señalar que el propio sexo es un producto del dispositivo discursivo del género (pag.130).

En el proceso de construcción del Cuerpo, Thomas Laqueur⁴ identifica dos modelos conceptualizantes del mismo: el modelo unisexo, vigente desde la Antigüedad, según el cual las mujeres, en esencia, son hombres, diferenciadas de ellos por la cantidad de calor vital que poseen sus cuerpos; y el modelo de los dos sexos que en gran medida determina la diferencia sexual y la concepción de sexo opuesto dominante en la actualidad. El interés de los hombres por conservar la concepción del sexo único radicaba en que éste mostraba lo que era ya evidente en la cultura: que el hombre era la medida de todas las cosas y la mujer no existía sino para compararse con él. Por eso –asevera Laqueur–, las representaciones simbólicas de la anatomía del cuerpo humano, por lo menos hasta el siglo XVII, son masculinas. Esta concepción de un solo sexo fue sostenida a pesar de los descubrimientos científicos que demostraban la realidad de los dos sexos anatómicos.

En la ruptura del modelo de un sexo y el establecimiento de los dos sexos, Laqueur observa que hay dos formas de explicar el proceso mediante el cual los dos sexos modernos, tal como los imaginamos hoy, fueron inventados y continúan siéndolo: una es epistemológica y la otra de carácter político, ambas por supuesto, están estrechamen-

te relacionadas. Situándose en el contexto político de los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, explora la epistemología científica del momento: fue el empirismo el que provocó –siempre en el marco de una cultura que responde a necesidades políticas de jerarquización– el nacimiento del modelo de los dos sexos.

El mismo Freud en sus Tres ensayos para una teoría sexual, concebía la sexualidad de la niña desde un modelo androcéntrico: la niña sufría de envidia de pene, porque carecía de ese órgano y no tenía conciencia del suyo propio.

Sin embargo, hoy sabemos que las niñas tienen plena conciencia de la vagina desde muy temprana edad, y experimentan excitaciones provenientes de ella, como demostró en su tesis Emilce Dio Bleichmar⁵.

En la misma estela de Laqueur, esto es, la determinación que la cultura ejerce sobre lo biológico, la construcción llamada sexo estaría para Judith Butler tan culturalmente construida como el género; de hecho, tal vez siempre fue género, con la consecuencia de que la distinción entre sexo y género no existe como tal para la autora.

El cuerpo es la materia orgánica que nos constituye, pero en el ser humano es, sobre todo, su representación interna, la imagen inconsciente del cuerpo, sede del yo.

Para el psicoanálisis el cuerpo no es un dato dado, sino que se construye dinámicamente; y la construcción del cuerpo, a partir de una primera y fragmentaria representación, se realiza mediante la mirada del otro y la incorporación al lenguaje, que se encarna a su vez en ese mismo cuerpo.

La bisexualidad recorrió la obra freudiana desde Tres ensayos hasta Análisis terminable e interminable⁶, así como en Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad,

...una disposición bisexual originaria, que en el curso de la evolución se ha ido orientando hacia la monosexualidad, pero conservando algunos restos atrofados del sexo contrario (pag. 1176).

y ha sido retomada por numerosos psicoanalistas que insisten en la convivencia en cada sujeto humano de las identificaciones “masculinas” o “femeninas”, procedentes de ambos padres y de los otros significativos.

Freud considera la bisexualidad psíquica un postulado esencial: en todo ser humano habría constitucionalmente disposiciones sexuales a la vez masculinas y femeninas

1. Esta ponencia, en su exposición oral, fue la contribución de mi conferencia al Simposio de la sección de psicoanálisis de la FEAP, en Sevilla, los días 23 y 24 de noviembre de 2018. Encuentro que se desarrolló bajo el título: Intimidad en identidad en la cultura de la inmediatez.

<https://www.psicoterapiaspsicoanaliticasfeap.info/simposio8/>

2. Rubin, Gayle, Reflexiones sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad, en línea.

3. Sáez, Javier, Teoría queer y psicoanálisis, Editorial Síntesis, Madrid, 2008.

4. Laqueur, Thomas, La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud, Ediciones Cátedra, Madrid, 1994.

5. Dio Bleichmar, Emilce, La sexualidad femenina, de la niña a la mujer. Paidós Ibérica, Madrid, 1998.

6. Freud, Sigmund, Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, tercera edición, Madrid, 1984.

(bisexualidad originaria) que se evidencian en los conflictos que el sujeto experimenta para asumir su identidad sexual, que finalmente se instala como predominio sobre esa predisposición bisexual de la adscripción a un género.

Por otro lado, distingue una **bisexualidad secundaria**, que tiene que ver con las vicisitudes del Edipo, con las posiciones masculinas y femeninas que lo caracterizan, la elaboración de la sexualidad de los padres y de sus educadores, así como de su propia bisexualidad original.

Kenberg comparte con Freud la existencia de una bisexualidad psicológica original: tendencias de identificaciones masculinas y femeninas, así como interés homo o hetero sexual.

En el caso Dora, Freud describe cómo el conflicto de Dora tiene que ver con sus deseos hacia el hombre y los orientados hacia la mujer, tanto como entre sus identificaciones masculinas hacia su padre y las femeninas de la señora K., amada por el padre.

La identidad sexual, la convicción de pertenecer a un género u otro, es un efecto de la represión de la dimensión culturalmente inaceptable para la identidad de género esperada por los padres, y normalmente se ajusta a la asignación de sexo de parte de estos y se corresponde casi siempre con el sexo anatómico.

Es interesante la observación que hace Maurice Harber⁷ cuando afirma que **a mayor certeza íntima de que la asignación de sexo está sólidamente fundada, más dispone el sujeto de libertad potencial en la expresión de sus cualidades masculinas y femeninas**. Lo que nos interesará a la hora de explorar la frecuencia de la bisexualidad entre las personalidades creativas. Como ejemplo, pensemos en Cheever, Lord Byron, Anais Nin, Virginia Woolf o Edith Warton, Carmen Laforet, todos ellos y todas ellas tuvieron experiencias bisexuales a lo largo de su vida.

Para Harber la masculinidad y la feminidad son creencias que proceden de las actitudes parentales que filtran las formas adoptadas por la sociedad sobre lo que ha de ser un hombre o una mujer. Y como productos sociales son susceptibles de modificarse con el tiempo.

El nudo de la identidad de género es la convicción de que la asignación de su sexo ha sido anatómica y psicológicamente correcta, lo que tiene que ver con el sexo asignado por los padres, particularmente de la madre, según

Harber. Una construcción subjetiva que tiene lugar entre los 18 y los 24 meses de edad, y que no tiene que ver en principio con la anatomía. Aún en los casos de niños intersexuales (que nacen con características sexuales biológicas – cromosómicas o anatómicas- de ambos sexos), se ha observado que el sujeto desarrolla igualmente una identidad sexuada, cree firmemente ser un niño o una niña, si así se lo hace ver su entorno; los órganos genitales externos solo tienen un rol de confirmación de esta convicción⁸.

A partir de ahí:

En d` autre termes, una identité sexuée claire, autorise, en principe, un déploiement ample de la bisexualité psychique. (p. 58).⁹

Para Silvia Bleichmar¹⁰, la identidad sexual es una defensa de la multiplicidad de identificaciones que nos habitan, somos un magma de identificaciones cruzadas en constante movimiento, como diría Jessica Benjamin:

Al recuperar las identificaciones bisexuales de la posición preedípica se contrarresta la exclusión mutua de la posición edípica, en la cual solo podemos ser como uno mismo o como el otro. Esta recuperación de la temprana bisexualidad en la complementariedad postedípica pone en entredicho la aparente inmutabilidad de la polaridad actividad- pasividad, masculinidad-feminidad¹¹ (pag.128).

Somos un mosaico de identificaciones, un complicado interjuego de fantasías, al que da unidad una específica identidad o rol sexual nunca del todo estabilizado. En todos nosotros habita el niño perverso polimorfo y bisexual de nuestra primera infancia.

Desde las neurociencias, Cordelia Fine¹², demuestra que las supuestas pruebas que sostienen las diferencias biológicas innatas entre hombres y mujeres no responden a los resultados de una investigación seria. Lo que la ciencia demuestra es que hombres y mujeres poseen en su cerebro un complejo mosaico de características masculinas y femeninas asociadas, que no es homogéneo, sino en cada rasgo puede predominar una característica predominante de un género y en otro el del género distinto. Por lo tanto, las diferencias sexuales no dan lugar a cerebros masculinos y femeninos sino más bien a mosaicos únicos de 'hombre' y 'mujer' que no son hijos¹³. A pesar del sesgo, que llama **neurosexismo, que insiste en es-**

7. Maurice Harber, Identité, bisexualité psychique et narcissisme, in Alain Fine et al., Bisexualité, Presses Universitaires de France, Monographies de psychanalyse, 1997, p. 49-68

8. VV.AA, Sexe, sexuel sexué: Journal de la psychanalyse de l'enfant. Bayard, Paris, 2003.

9. En otros términos, una identidad sexual clara, autoriza, en principio un despliegue amplio de la bisexualidad psíquica (traducción de la autora).

10. Bleichmar, Silvia, La identidad sexual: entre la sexualidad, el sexo y el género. Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para graduados, n° 25, 1999

11. Citado por López Mondéjar, Lola, Psicoanálisis y literatura. Si digo agua, ¿beberé? Grupo 5, Madrid, 2018.

12. Fine, Cordelia, Cuestión de sexos, Roca Editorial, 2011. <https://mujeresconciencia.com/2018/05/22/el-sexo-del-cerebro-parece-tener-escasa-relevancia-la-combativa-obra-de-cordelia-fine/>

13. Fine, Cordelia, Tiranosaurio Rex, Paidós, Barcelona, 2018.

tas diferencias innatas entre cerebros, sostiene que tanto estas como el comportamiento individual varían a través del tiempo y en función del lugar, grupo y contexto cultural, y que son producto de un proceso de desarrollo dinámico que interactúa con la experiencia.

Podríamos decir, sin que podamos entrar a demostrar esta afirmación que es una evidencia para muchas teóricas feministas (historiadoras, antropólogas) que el patriarcado es un sistema de dominación basado en subrayar y acentuar la diferencia de los sexos para convertir posteriormente la diferencia en desigualdad.

Como bien señala Juan Carlos Pérez Jiménez¹⁴, **la inscripción de un lado u otro de la sexuación de forma determinante, plena y definitiva les es ajena a muchos sujetos**. A la tozudez binaria, hombre/mujer, se opone cada vez más el consenso entre pensadores y especialistas en que existe un continuum entre masculinidad y feminidad, tanto como entre heterosexualidad y homosexualidad.

Llegados a este punto, hemos de distinguir entre identidad sexual, la convicción de pertenecer a un género u otro, o de transitar entre ambos géneros (el tercer sexo, como llamó en el XIX Karl Heinrich Ulrichs a lo que hoy serían los actuales transexuales o personas queer¹⁵), y la orientación sexual, o la elección de objeto sexual, que es independiente de la identidad sexual, y desde la cual se clasifica a los sujetos como hetero-homo, bisexuales o queer, etc.

Sin embargo, a nuestro entender, identidad sexual y orientación sexual se entrecruzan, pues la orientación sexual, experimentar deseo homo, hetero o bi, interroga la identidad, sobre todo en el caso de los hombres, cuya masculinidad hegemónica se construye negando lo femenino (“no tener nada de mujer”), por lo que la atracción hacia otro hombre interroga su identidad genérica. En este sentido, hace unos años trabajamos con un grupo de mujeres trans ecuatorianas entre las que pudimos observar cómo un precocísimo deseo homosexual, experimentado entre los tres y los cinco años, pudo estar en el origen de una “identidad femenina” que les llevó a la reasignación hormonal. Parecería que, en un país dominado por un binarismo de género muy rígido, era más asumible para el inmaduro yo infantil aceptar una “supuesta” identidad femenina que la homosexualidad: puesto que deseo a un hombre, soy una mujer. La aparición del deseo homosexual en una época sensible a la identidad sexual pudo modificar el sentimiento de ser hombres todavía no bien establecido, de modo que experimentarse como mujeres en cuerpos masculinos pudo ser mucho más

aceptable para el yo frágil infantil que hacerlo como hombres homosexuales, cuyo rechazo social es mucho más explícito. Durante mi trabajo con ellas, dedicadas todas a la prostitución, observé cómo el uso del pronombre personal él/ella, femenino o masculino, se alternaba sin ningún problema al nombrarse.

Creemos que hay que ser muy prudentes a la hora de asignar el sustantivo “transgénero”, con un profundo carácter performativo, a los niños que dudan sobre su identidad, y que la reasignación quirúrgica debería demorarse hasta los dieciséis o dieciocho años, tolerando la familia y el entorno la exploración libre de sus identificaciones durante un periodo de tiempo suficiente para que la asignación sea elaborada por el/la joven. En este sentido, existe una profunda idealización y mistificación de “lo femenino” o “lo masculino” que no se corresponde en modo alguno con la experiencia de pertenecer a un género, siempre híbrida, confusa, dinámica. Nancy Chodorow, afirmó que nadie tiene una única orientación sexual, y la constatación sociológica y clínica de que muchas personas transitan de una orientación hetero a homosexual en diferentes momentos de su vida, nos acerca a la idea de la bisexualidad como impulso nunca del todo resuelto. En el fondo de todos nosotros late el niño perverso polimorfo. En la actualidad, con la libertad sexual y la liberalización de las costumbres, aumenta el porcentaje de quienes tienen experiencias bisexuales¹⁶ y declaran públicamente tenerlas. Hoy cada vez son más las personas célebres que hablan abiertamente de sus experiencias bisexuales, como hizo recientemente Ada Colau¹⁷.

Deleuze y Guattari, en su *Anti-Edipo*¹⁸ (1972), ya advirtieron del reduccionismo del psicoanálisis a la hora de enfrentar las infinitas posibilidades de la libido, concebida como flujo constante y maleable, y cómo la normatividad heterosexual-homosexual –y trans, añadiríamos nosotros– es una forma de coartar la plasticidad y maleabilidad de la libido, el incontenible desplazamiento del deseo. Foucault, ya advirtió también cómo la sexualidad era un terreno privilegiado para la coacción del poder sobre los cuerpos y las vidas de los sujetos, lo que llamó biopoder.

Para abundar en la idea de esta energía que fluye, los autores incorporaron el concepto de cuerpo sin órganos, que toman de Antonin Artaud. La represión primaria u originaria sería para Deleuze y Guattari, la repulsión de las máquinas deseantes por el cuerpo sin órganos. El Edipo (esto es, la adscripción a uno u otro sexo y la exogamia) supondría una fantástica represión de las máquinas deseantes.

El CsO es una metáfora para hablar de los cuerpos fue-

14. Pérez Jiménez, Juan Carlos, *De lo trans. Identidades de género y psicoanálisis*, Grama ediciones, Buenos Aires, 2013.

15. Missé Miquel, *Transexualidades. Otras miradas posibles*, Egales editorial, Barcelona, 2ª edición, 2014. 16. https://www.playgroundmag.net/now/bisexualidad-comportamiento-sexo_22664619.html

17. <https://www.msn.com/es-es/noticias/espana/ada-colau-confiesa-su-bisexualidad-%E2%80%99Cmi-relaci%C3%B3n-con-mi-novia-me-marc%C3%B3-durante-mucho-tiempo%E2%80%99D/ar-BBGrqBm>

18. Deleuze, Gilles, Guattari, Félix, *El Anti-Edipo*. Capitalismo y esquizofrenia. Paidós, Barcelona, 1985.

ra de la norma, de un proceso de autodescubrimiento del sujeto para reconstruir su cuerpo a partir de la desidentificación del cuerpo normativo moldeado según los estándares culturales como una determinada identidad (por ejemplo, hombre/mujer). La construcción de un CsO nos proporcionaría un potencial de energía y afectividad alternativas, se trata de una posibilidad, una apertura hacia un proceso reversible que interroga y se deshace del cuerpo normativo reglado, vivido como una cárcel. Hoy, sin embargo, podríamos interrogar esta profecía idealizada sobre la ausencia de represión, pues observamos cómo en las sociedades laicas, la represión ha abandonado el terreno de lo sexual y se ejerce sobre lo afectivo, sin que esta "libertad" haya incrementado la energía y el deseo, sino todo lo contrario. A nuestro parecer, la ausencia de represión ha producido una caída del deseo sexual, separado de lo afectivo, y no un incremento del mismo, si bien es esta una afirmación requeriría de una investigación más amplia que la derivada de la experiencia clínica.

El cuerpo sin órganos es la materia en estado puro, una materia que puede adquirir todas las formas de la existencia, por medio de la diferencia cualitativa que imprime la intensidad, como dice Artaud: el cuerpo humano es una pila eléctrica en la que se han castrado y reprimido las descargas. Pero definamos ese CsO, según sus creadores:

¿Por qué esta cohorte de cuerpos cosidos, vidriosos, catatonizados, aspirados, cuando el CsO está lleno de alegría, de éxtasis, de danza?

...

Sustituid la anamnesis por el olvido, la interpretación por la experimentación. Encontrad vuestro cuerpo sin órganos, sed capaces de hacerlo, es una cuestión de vida o muerte, de juventud o de vejez, de tristeza o de alegría. Todo se juega a ese nivel.

...

El cuerpo sin órganos es lo que queda cuando se ha suprimido todo. Y lo que se suprime es precisamente el fantasma, el conjunto de significancias y subjetivaciones. El psicoanálisis hace justo lo contrario: lo traduce todo en fantasmas, lo convierte todo en fantasma, conserva el fantasma, y se caracteriza por fallar lo real, puesto que falla el CsO.

...

El CsO es el campo de inmanencia del deseo, el plan de consistencia propio del deseo (justo donde el deseo se define como proceso de producción, sin referencia a ninguna instancia externa, carencia que vendría a socavarlo, placer que vendría a colmarlo.¹⁹

El Cuerpo sin órganos es la materia en estado puro, el material de lo que todo está hecho, que puede adquirir por tanto todas las modalidades de la existencia. La materia intensa y no formada ni estratificada.

Es lo *neutro* que buscaba G.H. en la novela *La pasión* según G.H. de Clarice Lispector, ese lugar por fuera de la cultura en el que se anhela experimentar la existencia de otros seres, en G.H. una cucaracha, y abolir la especificidad de lo humano. Pero esta búsqueda de lo neutro es imposible pues el Cuerpo sin órganos, la materia originaria, sin represión primaria dirán Deleuze y Guattari, precisa de organización para existir en los entes concretos que somos, aunque la diferencia sea meramente cualitativa. La energía forma parte de un cuerpo sin órganos universal, la libido y sus flujos constantes. El CsO es lo real, lo que queda cuando se ha suprimido todo, lo que queda cuando se suprime el fantasma, dirán²⁰ los autores, el conjunto de significaciones y subjetivaciones. Insisto:

El psicoanálisis hace justo lo contrario: lo traduce todo en fantasmas, lo convierte todo en fantasmas, conserva el fantasma, y se caracteriza por fallar lo real, puesto que falla el CsO.

Sin embargo, hemos asistido con sorpresa a un proceso distinto al que idealizaban Deleuze y Guattari: nuestra sociedad ha dejado de reprimir el deseo sexual, para ejercer represión sobre el afecto. Y esta falta de represión no ha traído una vitalidad nueva y gozosa, sino el desvitalizamiento del deseo. Cabe entonces preguntarse: ¿a menos represión menos deseo?

Si bien esta sería otra historia que no podemos abordar aquí. Continuemos, pues.

QUEER

Creemos que esta búsqueda de un cuerpo por fuera de la represión es lo que late en las teorías *queer*.

El campo de la identidad sexual se complejiza con la aparición a finales de la década de los 80 de la teoría *queer*, que significa raro, torcido, que denuncia los efectos normativos de toda formación identitaria y se plantea que la distinción binaria entre lo masculino y femenino no está inscrita en la naturaleza sino que son el fruto de una construcción sociocultural, que aplica normas y repeticiones que operan performativamente sobre los cuerpos. La teoría *queer* no pretende construir una identidad sino denunciar los distintos niveles de exclusión que generan los procesos de construcción de identidades en cada contexto cultural. Es pues un movimiento postidentitario, que nos interesa para abordar la cuestión que nos ocupa.

19. Deleuze, Gilles, Guattari, Félix, ¿Cómo hacerse un cuerpo sin órganos? [En línea], [Visitado el 20 septiembre 2018] http://reflexionesmarginales.com/3_0/wp-content/uploads/2013/01/Como-hacerse-un-cuerpo-sin-organos-Gilles-Deleuze-y-Felix-Guattari.pdf

20. Deleuze, Gilles, Guattari, Félix, ¿Cómo hacerse un cuerpo sin órganos?, en línea.

La teoría *queer*, desde Judith Butler a Beatriz – Paul Preciado, explora la frontera de la indiferenciación de género en el espacio de lo trans, dice Preciado²¹:

“La identidad y la orientación sexual son plásticas, ficciones históricamente construidas, el problema es que hay ficciones legitimadas socialmente y otras que carecen de reconocimiento político”.

La ficción hegemónica, legitimada socialmente en el patriarcado es el binarismo masculino- femenino.

Como señala Juan Antonio Suárez²², Judith Butler, Lee Edelman y Diana Fuss, entre otros, caracterizaron lo *queer* como:

*... una no-identidad, una subjetividad inestable y precaria ligada, precisamente a lo que hay de inaprensible e indefinible en la sexualidad. La (anti)-identidad *queer* fue esgrimida como un término antipanóptico que buscaba frustrar los intentos de definición y etiquetado, la alianza entre el saber y el poder (en este caso en el terreno de la sexualidad), que, como propuso Michel Foucault, constituye uno de los principales mecanismos de control de la modernidad. (pag. 117).*

La construcción social y cultural de los cuerpos y de los deseos es una teoría compartida por la mayoría de los pensadores de hoy, a partir de Foucault. Como ya dijimos, Laqueur estudió la historia del cuerpo y propuso que hasta lo biológico no es dato en sí mismo sino que viene interpretado por un imaginario cultural que lo nombra y le da estatuto de existente. En Occidente, por ejemplo, el clítoris, órgano conocido ya por Hipócrates, fue reconocido anatómicamente por el médico Mateo Colón a finales siglo XVI, y su placer considerado por Freud un placer “inmaduro”, reflejo de una sexualidad fálica que había que abandonar para desplazar el placer a lo genital (coital), en una característica reducción de la sexualidad femenina al modelo androcéntrico freudiano.

La identidad ha sido cuestionada desde la filosofía desde hace varios siglos y hoy es un lugar a deconstruir. Como dice Deleuze²³:

...no se habla en nombre propio cuando uno se considera como un yo, una persona o sujeto. Al contrario, un individuo adquiere un auténtico nombre propio al término del más grave proceso de despersonalización, cuando se abre a las multiplicidades que lo atraviesan enteramente, a las intensidades que le recorren. (pag. 15).

Francesco Remotti²⁴, llama a su libro *La obsesión*

identitaria, y desmonta toda idea de estabilidad e inatismo identitario, que la concibe como una ilusión de sustancia. Desde Hume hasta Hegel, la identidad no forma parte de la existencia de las cosas, por el contrario, la identidad pertenece al nivel de las representaciones sociales, en cuanto se trata de un formidable instrumento ideológico de estabilización. En lo personal y en lo colectivo.

Desde Blas Pascal, que denuncia la ilusión óptica de la sustancia “yo”, a John Locke, quien desmorona la idea de sustancia que se encuentra en la base de la idea de identidad. Pero si se me pidiese que eligiera un texto filosófico como lectura prácticamente obligada para jóvenes antropólogos que intentan formarse sobre el tema de la identidad, quien escribe no dudaría en proponer las páginas de Hume sobre la identidad personal, donde el filósofo escocés concibe la identidad explícitamente como una “ficción” producto no solo de la memoria, sino sobre todo de la imaginación (pag. 119).

Sin embargo, tendemos a buscarla como estabilización, y forma parte de la íntima necesidad de reconocimiento²⁵.

Parte sustantiva de esta identidad es la identidad sexual, que hoy también está en crisis, al menos en lo que se conoce como masculinidad y feminidad hegemónica.

Vamos a intentar poner a trabajar estos dos conceptos Identidad y bisexualidad con el proceso creativo y el psiquismo del creador.

CREACIÓN

Desde hace un par de décadas vengo desarrollando una teoría sobre los procesos creativos que articula el concepto de André Green sobre el Complejo de la madre muerta, con Ferenzci y la disociación producto de lo traumático, con el espacio transicional de Winnicott y la capacidad autoreparadora que Cyrulnick ha llamada resiliencia. En el origen de los procesos creativos establezco la necesidad de una fuerte investidura del creador que le dote de fuerza psíquica suficiente como para que cuando se produzca la herida, el trauma de una separación brusca de la figura de apego (Complejo de la Madre muerta) que estimo que sucede a continuación, y que deja al niño sumido en una pérdida de sentido y de objeto, pueda recurrir a la salida creativa y no al síntoma. Durante el proceso traumático se produce en el psiquismo de este niño una división entre dos selves: uno cuidador, identificado con el Yo omnipotente infantil y con la omnipotencia atribuida a la figura de cuidado, y otro desvalido, abandonado, dañado por la separación. El futuro creador

21. https://elpais.com/elpais/2016/01/27/eps/1453910313_124066.html

22 Vera Rojas, María Teresa (ed.), Nuevas subjetividades, sexualidades literarias, Egales editorial, Barcelona, 2012.

23 Deleuze, Gilles, Conversaciones, Pre-textos, 5ª edición, Valencia, 2014.

24 Remotti, Francesco, L'ossessione identitaria, Editori Laterza, Bari, 2017.

25. No podemos ampliar aquí las precisiones de Ricoeur, que abordamos en el capítulo sobre reconocimiento de mi libro *Una espina en la carne. Psicoanálisis y creatividad*.

incrementará ante esta brusca separación la inversión en sus propias producciones, fantasías, incrementando el espacio transicional y de juego, de manera que esta autoproductión le previene de futuras amenazas de abandono. En lugar de una futura depresión, destino al que según Green estaría abocado, esta podrá convivir y ser sorteada por la propia obra.

El efecto de este proceso será la persistencia de la disociación como mecanismo de defensa y de funcionamiento prioritario, la división en múltiples self que el creador no pretenderá integrar defensivamente en una identidad. Solo a partir de la obra accederá a ser “nombrado” como autor, proceso que he llamado Función Autor cuyo beneficio es estabilizador, sino que explorará repetidamente para producir sus diferentes ficciones. Así lo afirman Cannetti, Cixous, y la mayoría de los creadores en sus diarios y en sus declaraciones, tal y como he recogido más extensamente en mis ensayos sobre el tema²⁶.

Fruto de esta disociación funcional, no necesariamente patológica, resulta una particular relación con la bisexualidad, si no siempre actuada, sí como transición entre las identificaciones masculinas y femeninas que nos constituyen. La novela Orlando, de Virginia Woolf apunta en esta dirección, con un protagonista que transita entre un género y otro a lo largo de varios siglos, como también transita Tiresias en la mitología, que fue hombre y mujer, y conocía los secretos sexuales de uno y otro género.

La bisexualidad ha sido, no obstante, una constante entre las vanguardias artísticas cuando la represión todavía regulaba la economía sexual de los cuerpos. Ejemplos famosos los encontramos en Virginia Woolf, Simone de Beauvoir²⁷, Carmen Laforet, Elena Fortún, Lord Byron, Anaïs Nin, James Bowles, Allen Ginsberg²⁸, John Cheever²⁹, Vicente Aleixandre, Carson McCullers, Annemarie Schwarzenbach, Edith Warton, Roxana Gay, Jaime Bayly, Dora Carrington, Caravaggio, Lord Byron, Shakespeare, Frida Kahlo, Colette³⁰, quienes vivieron abierta o reprimidamente su bisexualidad³¹.

Joyce Mc Dougall, afirmaba que las actividades creativas y profesionales están impregnadas de fantasmas narcisistas y homosexuales, en la medida en que, en el proceso creativo, se es al mismo tiempo, hombre y mujer. Opinión que compartía Woolf, quien en su famoso ensa-

yo, Una habitación propia³², afirma:

Quizás una mente puramente masculina no pueda crear, pensé, ni tampoco una mente puramente femenina...

Desde luego, Coleridge no se refería, cuando dijo que las grandes mentes son andróginas... quiso decir quizá que la mente andrógina es sonora y porosa; que transmite la emoción sin obstáculos; que es creadora por naturaleza, incandescente e indivisa (pag. 162-163).

El placer que procuran las actividades artísticas y profesionales está impregnado de fantasías narcisistas y homosexuales, según Olga Montero³³.

Gauguin³⁴, durante su estancia en Tahití, conoce a un joven nativo y realiza una excursión con él al encuentro de un trozo de madera de palo de rosa para esculpir. Durante el trayecto observa la belleza andrógina del chico y describe sin pudor sus deseos hacia él y de experimentar cómo siente la “débil mujer”, frente a la fortaleza exigida siempre a los hombres.

De esa amistad que surge del simple al complejo surgía el amor en mí [...] Después del hastío del papel de macho que debe ser fuerte siempre, protector, una dura carga a soportar. Ser por unos momentos el débil que ama y obedece [...] Deseo de ser, por unos momentos, débil mujer.

Ser al mismo tiempo hombre y mujer durante el acto creativo, no implica siempre actuar la elección de objeto homo u heterosexual, o transitar entre una y otra, aunque sea una experiencia común a muchos artistas. Se trata de investir características atribuidas a lo femenino o a lo masculino que forman parte del mosaico identitario y que no han sido reprimidas, como en el común de los hombres y mujeres, sino disociadas para ser retomadas durante los procesos creativos y elaboradas en la obra, integrándolas.

Michel Foucault pretendía servirse de lo sexual para desestructurar y para eliminar, o por lo menos exceder las identidades y las subjetividades que, según él, siempre son invariablemente los submarinos de la normalización³⁵.

26. López Mondéjar, Lola, El Factor Munchausen, Psicoanálisis y creatividad, Cendeac, Murcia 2009; Una espina en la carne. Psicoanálisis y creatividad, Psimática, Madrid, 2016; Si digo agua, ¿beberé?, Grupo5 editorial, Madrid, 2018.

27. Simone de Beauvoir, cuando termina a los cincuenta años su relación con Claude Lanzman, de veinticuatro años, vivió una historia de amor con una joven estudiante.

28. Poeta norteamericano (1926-1997), tuvo relaciones hetero y homo, y tomó posición por la opción homo.

29. Atormentado por su homosexualidad, que vivió clandestinamente, Cheever estuvo casado y hasta el final de su vida mantuvo también relaciones heterosexuales. John Cheever, Diarios, Penguin Random House, España, 2018. 30 La reciente película sobre su vida, el biopic Colette, de Wash Westmoreland (2018), explora esta faceta de su vida.

31. https://es.wikipedia.org/wiki/Categoría:Ezzzscritores_bisexuales

32. Woolf, Virginia, Una habitación propia, Booket, España, 1997.

33. Olga Montero, Aproximaciones a la bisexualidad. Freud y los debates actuales. <http://fepal.org/images/2006otrogenero/montero.pdf>

34. Gauguin, Paul, Escritos de un salvaje, en Noa Noa, Editorial Debate, Madrid, 1989.

35. Citado por Christophe Dejours en Les sexes indifférents, Petite Bibliothèque de psychanalyse, Puf, París, 2005.

Les techniques modernes de pouvoir utilisent la sexualité afin de nous attacher à une identité personnelle définie en partie par l'identité sexuelle, et en nous attachant une telle identité, elle nous attache à elle (pag. 58).

(Las técnicas modernas de poder utilizan la sexualidad a fin de atarnos a una identidad personal definida en parte por la identidad sexual y atándonos a esa identidad, ella nos ata a nosotros).

La identidad sexual aparece aquí como un mecanismo de prohibición y de prescripción de la conducta y de los roles, como mecanismo de dominación.

Y de hecho, el binarismo masculino-femenino, la imposición de la heterosexualidad, se percibe hoy para las teorías de género, que tienen en Foucault su inspirador, como un corsé normalizador que elimina la pluralidad de lo que serían otras posibles conductas u orientaciones que son reprimidas al quedar por fuera de estas identidades binarias coercitivas.

A menudo, **el creador huye de esta adscripción tiránica a la norma** y explora distintas opciones del amplio abanico de la subjetividad. Podríamos decir que a menor asunción de este binarismo menos subjetividad, más adaptación a una identidad monolítica y menos creatividad.

Y es aquí donde el proceso creador se asemeja más al análisis como ideal de reconquista, de ruptura de la identidad defensiva hacia una subjetividad reflexiva y lúdica, que soporte mejor la angustia de cierta incertidumbre identitaria a favor de una mayor flexibilidad.

Para Foucault

Pour parvenir à l'indifférence des sexes, il faut, pour Foucault, chercher la abolition de l'identité et de la sexualité, d'une part, et pour cela en passer d'autre part par une politique du plaisir, qu'il s'agirait d'utiliser comme une machine de guerre contre le désir (pag. 59)³⁶.

(Para llegar a la indiferencia de los sexos, hace falta, para Foucault, buscar la abolición de la identidad y de la sexualidad, de una parte, y para esto, pasar, por otra parte, por una política del placer, que él trataría de utilizar como una máquina de guerra contra el deseo).

La oposición deseo/placer estaría en consonancia aquí con el cuerpo sin órganos y el cuerpo organizado por el fantasma, al que aludían Deleuze y Guattari.

En el origen, la sexualidad infantil es anterior a la conciencia de la diferencia anatómica de los sexos, por lo

tanto es estructuralmente andrógina y bisexual. Solo posteriormente, la identidad de género, ser hombre o mujer, suprimirá o reprimirá características del género opuesto.

¿Hay un goce omnipotente en la repulsa a cualquier identidad sexual?, podríamos preguntarnos. La respuesta del psicoanálisis más ortodoxo así lo afirmaría. Sin embargo, ¿no es extremadamente patriarcal el subrayado insistente del binarismo sexual?, ¿no podríamos acercarnos hacia una androginia flexible que transita entre identidades cruzadas como modelo de una humanidad futura, no-patriarcal?

La lógica binaria oposicional es la definición del sí-mismo en contraposición al otro, e identificarse contra otro, decía Nietzsche, es de seres débiles que reaccionan, no que crean. Si salimos de esa lógica binaria hacia una lógica arborescente, rizomática, un caosmos, un devenir siempre, sin jerarquías sino con relaciones que se crean en un movimiento vivo y en proceso, la diferencia sexual tal y como la conocemos no existiría.

Ahora bien, ¿hasta dónde podemos deconstruir la identidad sin enloquecer o enfermar? Como afirma Judith Butler respecto a lo trans:

Se puede dar una búsqueda de la identidad como un ejercicio de transformación, como un ejemplo del deseo como actividad transformadora. Aunque en todos estos casos se den deseos de una identidad estable, es crucial darse cuenta de que una vida habitable requiere varios grados de estabilidad (pag. 23)

El creador lo hace y comporta sus riesgos. Como también comporta riesgo de patología y estereotipa el recurso a una identidad cristalizada o normopática.

La teoría queer realiza una crítica radical de las identidades sexuales como inmutables o trascendentales, reivindicando las identidades y no la identidad. La identidad como apariencia de sustancia es una realidad construida performativamente. Dice Butler en *El género en disputa*.

...el efecto fantasmático de la identidad constante es una construcción políticamente endeble [...] El hecho de que la realidad de género se cree mediante actuaciones sociales continuas significa que los conceptos de un sexo esencial y una masculinidad o una femineidad verdadera o constante también se constituyen como parte de la estrategia que oculta el carácter performativo del género y las posibilidades preformativas de que proliferen las configuraciones de género fuera de los marcos restrictivos de dominación masculinista y la heterosexualidad obligatoria (pag. 172)

Sin embargo, el nomadismo queer se ve interrumpido por la asunción de los modos de conducta queer como

36. Idem 35.

identidad misma, en un nuevo efecto performativo del concepto y de la política reivindicativa del activismo queer que, paradójicamente, lejos de rechazar la identidad, crea una nueva.

TEORÍA QUEER, IDENTIDAD

Y mientras estas cosas por las tierras, según fatal ley, pasan, y seguros del dos veces nacido están los paños de cuña, de Baco, por azar que Júpiter, recuerdan, disipado él por el néctar, sus cuidados había apartado graves, y con la desocupada Juno agitaba

320. *remisos juegos, y: "Mayor el vuestro en efecto es, que el que toca a los varones", dijo, "el placer."*

Ella lo niega; les pareció bien cuál fuera la sentencia preguntar del docto Tiresias: Venus para él era, una y otra, conocida, pues de unas grandes serpientes, uniéndose en la verde

325. *espesura, sus dos cuerpos a golpe de su báculo había violentado, y, de varón, cosa admirable, hecho hembra, siete otoños pasó; al octavo de nuevo las mismas vio y: "Es si tanta la potencia de vuestra llaga", dijo, "que de su autor la suerte en lo contrario mude:*

330. *ahora también os heriré." Golpeadas las culebras mismas, su forma anterior regresa y nativa vuelve su imagen.*

El árbitro este, pues, tomado sobre la lid jocosa, las palabras de Júpiter afirma; más gravemente la Saturnia de lo justo, y no en razón de la materia, cuéntase que se dolió,

335. *y de su juez con una eterna noche dañó las luces.*

Mas el padre omnipotente -puesto que no es lícito vanos a ningún dios los hechos hacer de un dios-, por la luz arrebatada, saber el futuro le dio y un castigo alivió con un honor. Ovidio, Las metamorfosis.

Tiresias.

Ello funciona en todas partes, bien sin parar, bien discontinuo. Ello respira, ello se calienta, ello come. Ello caga, ello besa. Qué error haber dicho, el ello.

El Anti-Edipo, Deleuze y Guattari.

En mi artículo de 2003 Masculino, femenino, neutro³⁷, ya anticipé el giro que sobre la identidad sexual se estaba realizando hacia otros lugares que podrían servir de ejes identitarios nuevos. Lugares que hoy se han ido progresivamente perdiendo en la modernidad que Bauman califi-

có de líquida, esto es, en el capitalismo caníbal del neoliberalismo financiarizado.

Judith Butler³⁸, una de las principales teóricas queer, insiste como viene siendo habitual en la modernidad, en que no existe un sujeto unitario, sino múltiple.

El sujeto unitario es el que ya sabe quién es, el que entra en la conversación de la misma forma que sale de ella... no arriesga sus propias certezas epistemológicas; así pues se queda en su lugar, guarda su lugar y se convierte en un emblema de la propiedad y del territorio e, irónicamente, rehúsa la autotransformación en nombre del sujeto (pag.322)

Por su parte, Spivak adopta una posición similar, pero su noción es el de sujeto fracturado.

Las principales teóricas del feminismo, Mónica Witig, Adrienne Rich y Gayle Rubin, así como de la teoría Judith Butler, Teresa de Lauretis, tanto como ya lo hiciera Foucault, cuestionan el dispositivo de poder que consigue definir el "ser" de una persona a partir de una categoría parcial, "el sexo". Como afirma Javier Sáez³⁹:

Mientras que los estudios gays y lesbianos de los años setenta y ochenta habían asumido estos conceptos (se defendían los derechos de los "hombres" y de las "mujeres" homosexuales), las nuevas corrientes queer desconfían incluso de estas categorías de sexo (pag. 105)

Los activistas queer insisten en el carácter performativo de la identidad de género. Los actos performativos son actos de lenguaje que producen los acontecimientos a los que se refieren, como la adscripción a un género u otro. John L. Austin los definió como actos del habla que producen efectos sobre el oyente. El enunciado performativo es el que no se limita a describir un hecho sino que por el mismo hecho de ser expresado realiza el hecho, transformando a la persona a quien se dirige. Un ejemplo claro es el enunciado: Es una niña; o Hagan fuego.

Jacques Derrida, cuyo concepto (Derrida duda en llamarlo teoría) de deconstrucción está en la base de las propuestas de la *queer theory*, concibe también la diferencia sexual como una interpretación que nos llega desde el otro, en un acto performativo, no habría marca sexual originaria, no hay una esencia masculina ni femenina, como se esforzaron en demostrar las teorías post-estructuralistas de los ochenta al cuestionar la identidad personal, el sí mismo, y pensar el sujeto como una ficción, una narración ficticia que crea la realidad que reivindica para sí. La persona queer no se identifica a sí misma como hombre ni como mujer, sino más bien como en una cons-

37. López Mondéjar, Lola, Masculino/femenino/neutro. Vicisitudes de la identidad sexual y de género en la adolescencia. [En línea] <https://aperturas.org/articulo.php?articulo=0000268&a=Masculinofemeninoneutro-Vicisitudes-ed-la-identidad-sexual-y-de-genero-en-la-adolescencia>

38. Butler, Judith, *Deshacer el género*, Paidós Studio, 2006, Barcelona, 3ª edición.

39. Saez, Javier, *Teoría Queer y psicoanálisis*, Editorial Síntesis, Madrid, 2008.

tante transición antinormativa⁴⁰.

Ahora bien, ¿qué porcentaje de fluidez somos capaces de soportar sin enloquecer?

Nathalie Heinich⁴¹ cita a Norbet Elias para subrayar la condición procesual de la identidad, que no es una sustancia, sino la continuidad de transformaciones, una continuidad rememorada, dirá Elias. La identidad no es solo algo que se transmite a través de una filiación colectiva, sino algo que se construye en un proceso preformativo individual. Subraya Heinich el constante equilibrio entre los procesos que se transforman a lo largo del tiempo y cierta continuidad, remitiendo a los trabajos de Paul Ricoeur entre identidad ipse e idem, para concluir con una definición de identidad como:

L'identité, c'est la résultante de l'ensemble des opérations par lesquelles un prédicta est affecté à un sujet. (pag 104)

Resultante porque se trata de un proceso, un fenómeno abierto y en proceso; conjunto porque tiene un carácter multidimensional, una realidad compleja, plural y articulada; de operaciones porque no se trata de algo dado sino creado, donde el reconocimiento del otro y la inscripción institucional y familiar se encarnan en un sujeto emocional que los articula; un predicado porque la identidad se estructura como un lenguaje; un predicado que afecta a un sujeto en su relación con los otros, con la imagen que estos otros tienen de él y que él reenvía a los otros.

Por lo tanto, concluye, Heinich, la identidad no es una ilusión ni una noción inconsistente, sino que es constitutiva de la existencia humana, siempre que la definamos correctamente.

En la clínica vemos cómo el diagnóstico se convierte en identidad en sujetos deficitarios (anorexias, alcohólicos, psicóticos), y cómo las personas trans adoptan la identidad trans tal y como se describe y se representa para los otros.

Es en este mismo sentido que Miquel Missé⁴² afirma lo siguiente:

... a base de repetir una y mil veces cómo tiene y no tiene que ser una persona transexual, muchas de ellas, sobre todo las más jóvenes, han incorporado los discursos médicos, para definirse y explicarse a sí mismas (pag. 55).

Numerosos artículos especializados en “disforia de gé-

nero”, referidos al peligro de que se autorice la reasignación de sexo en niños que afirman ser trans, insisten en que esta afirmación, cada vez más frecuente al parecer, surge después de que los adolescentes transiten por las redes sociales y descubran el término trans, que parece sintetizar su incomodidad con su identidad de género. Lo que sería una prueba más de la labilidad de las identificaciones, de su performatividad a través del discurso, y la capacidad performativa del concepto a la que ya aludimos.

Sin embargo, y en lo que respecta a la identidad sexual hegemónica, negando la multiplicidad de las experiencias vividas de cada uno de los sujetos singulares, el imperativo binario heteropatriarcal exige que hagamos una elección definitiva fabricando una heterosexualidad obligatoria que nada tiene que ver con “lo natural”, puesto que las diferencias entre hombres y mujeres no son las determinantes, sino que se subrayan por la división sexual del trabajo que crea los géneros, según Gayle Rubin, y por el patriarcado.

En la modernidad líquida que Bauman caracterizó, la identidad es líquida, somos seres invertebrados, que dirá Richard Sennett. También Elizabeth Badinter ve en la uniformización sexual un proceso ineluctable y consustancial a la democracia. Como señala Camille Froidevaux-Metterie⁴³, asistimos a una doble dinámica de masculinización de la esfera privada y de feminización de la esfera pública que afecta a una profunda reestructuración de las condiciones de compromiso de los individuos con el espacio, evolucionando las posturas físicas de hombres y mujeres, y concluye:

Un nouvel individu générique se profile à l'horizon, libre de choisir les modalités de son implication physique dans le monde à distance des stéréotypes et des injonctions sociales. Mais ses contours sont tellement flous qu'on peine encore à le distinguer (pag. 43)

En su libro, La sociología del cuerpo, David Le Breton⁴⁴ cita a Pat Califia, hombre trans bisexual, nacido de sexo femenino, quien se pregunta si el género es tan importante y se imagina un mundo donde el género fuese irrelevante o provisional, imagina una sociedad donde fuera posible “zonas libres de género”. Como apunta Le Breton,

El género ya no se considera como dualidad, sino en términos de una acumulación de posibilidades que dependen del discurso del individuo acerca de sí mismo y del estilo de su relación con el mundo. El cuerpo es solamente el habitáculo provisional de una identidad que rechaza toda fijación y que elige el noma-

40. Una de las activistas queer más conocidas es Beatriz Preciado, cuya identidad femenina ha ido modificando hasta el actual Paul B. Preciado. Formada con Derrida, ha trabajado desde sus primeros libros a favor de una sexualidad por fuera del binarismo normativo. Interesante esta metamorfosis que puede verse, explicada también por él mismo, en: <https://www.youtube.com/watch?v=rhKP9dAhBn4>, como Beatriz; y en <https://www.youtube.com/watch?v=04UibmsgOzc> como Paul B. Preciado.

41. Heinich, Nathalie, Ce que n'est pas l'identité, Le débat Gallimard, París, 2018

42. Missé, Miquel, Transexualidades. Otras miradas posibles, Editorial Egales, Barcelona, 2014, 2ª edición.

43. Froidevaux-Metterie, Camille, Philosophie magazine éditeur, París, 2018.

44. Le Breton, David, La sociología del cuerpo, Siruela, Biblioteca de ensayo, Madrid, 2018.

dismo como forma de estar en el mundo. Es la herramienta para crearse personajes; es un recurso y no el lugar donde se es uno mismo, pues lo uno ahora es múltiple. Hoy, en realidad, cuerpo no puede escribirse más que en plural (pag. 103).

Las identidades sexuales se multiplican, pues, y, tal y como señala Kate Bornstein, performer norteamericana, hay hombres y mujeres y otros, inclasificables, entre los que ella se encuentra. Las iniciales del movimiento LGBTQI no cesan de incrementarse con nuevas opciones sexuales, de forma que se ha añadido un + para insistir en ese constante añadido de experiencias nuevas: Lesbianas, gays, bisexuales, transgénero, queer/questioning, y otros a añadir.

Sin embargo, el cuerpo, construido, creado, es un factor de individuación, marca el límite temporal y espacial de lo que quiera que seamos, y nos representa para los otros, por lo que sigue siendo esencial nuestra relación con él.

INTERSECCIONES

Poner a trabajar juntos los conceptos de Identidad/Bisexualidad/Creación, nos lleva a afirmar que las personas creativas necesitan menos sostén en la identidad sexual convencional al poder explorar su mundo interno con mayor flexibilidad, acercándose a la multiplicidad de la experiencia desde la articulación conjuntiva de la multiplicidad de self, sin necesidad de reprimir ninguno de ellos. Si bien esta apertura a la fragilidad y volubilidad del sí mismo, puede comportar malestar psíquico, al sostener la identidad en la creación de una obra y de una vida, el eje identitario se desplaza del género a otras cuestiones, entre las que se prioriza la obra. La identidad narrativa a la que alude Ricoeur es uno de los vectores más sólidos para sostener la experiencia múltiple del sí mismo que exploran los creadores.

De cualquier manera, la pregunta sobre el sí mismo es más frecuente y la respuesta menos rígida, más dinámica y contradictoria entre las personas creativas que en quienes basan su identidad en una adhesión a las normas sociales (normópatas), sujetos unitarios que, como dice Judith Butler⁴⁵.

El sujeto unitario es el que ya sabe quién es, el que entra en la conversación de la misma forma que sale de ella; aquel que, cuando se encuentra con el otro, no arriesga sus propias certezas epistemológicas; así pues, se queda en su lugar, guarda su lugar y se convierte en un emblema de la propiedad y del territorio e, irónicamente, rehúsa la autotransformación en nombre del sujeto (pag. 322)

Para terminar, incluyendo en estas intersecciones el término que hoy nos une en las jornadas: intimidad, no puedo dejar pasar por alto cómo esa intimidad exige también desdoblamiento, disociación funcional, autoexploración, conciencia de una multiplicidad contradictoria que siempre arrojará un saldo negativo de identidad, una conciencia de la falta de la misma tal y como se concibe convencionalmente.

A este respecto, José Luis Pardo⁴⁶ afirma que **la falta de identidad es el nombre propio de la intimidad**, puesto que la intimidad exige desdoblamiento autoexploración, y este desdoblamiento, esta autoconciencia, arroja un saldo negativo de identidad:

La intimidad es hacerse cargo de la verdad sobre uno mismo. Aparece en el lenguaje como lo que el lenguaje no puede (sino que quiere) decir.

Pardo diferencia la intimidad de lo más profundo, e insiste en que se trata de un efecto del lenguaje, como un pliegue en el yo marcado por la escisión:

Digo "yo". Mi voz viaja por el interior sin que yo me aperciba de ello, choca contra algo que hay ahí dentro... y resuena. En ese momento, además de decir "yo", ocurre que me oigo decirlo, ocurre que el mensaje que yo he emitido se graba en mi propia sensibilidad, en mi propio Yo, añadiendo al Yo activo, que habla y emite, una marca, una huella que lo convierte en Yo pasivo que recibe y escucha, que siente y padece (pag. 177).

Antes de cerrar estas reflexiones me gustaría insistir en su carácter abierto, en su dinámica siempre en proceso, tanto o más que la identidad misma, cuyo cierre, en forma de cristalización rígida, de estabilización defensiva, considero fuente de malestar en lo personal y en lo teórico. ✨

45. Butler, Judith, El género en disputa, Paidós, Barcelona, 2006.

46. Pardo, José Luis, La intimidad, Pre-textos, Valencia, 2013.